

LA NOCHE OSCURA Y LA DOCTA IGNORANCIA
UNA REFLEXIÓN ACERCA DE DIONISIO AREOPAGITA,
EL MAESTRO ECKHART Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Ignacio Verdú

“La manera más digna de conocer a Dios se alcanza no sabiendo, por la unión que sobrepasa todo entender. Cuando la inteligencia, apartándose de todas las cosas y olvidándose incluso de sí misma, se une a los rayos que brillan de lo alto, quedando iluminada en aquel imperceptible abismo de sabiduría”¹.

“Cuando el alma es ciega y no ve nada más, entonces ve a Dios y es necesario que así sea”².

“Diréis que me he perdido; / Que, andando enamorada, / Me hice perdidiza, y fui ganada”³.

En el presente estudio no pretendo rastrear y señalar cuáles fueron las influencias recibidas por San Juan de la Cruz, los textos que estudió cuándo cursaba artes y teología, durante cuatro años, en la Universidad de Salamanca, o los que leyó en Alcalá, cuando era rector del colegio universitario, o en Ávila, cuando compartía la dirección espiritual del convento de la encarnación, siendo Santa Teresa de Jesús la priora, o en Baeza, cuando fundó un nuevo colegio universitario y ejerció como rector, o en Granada, como prior de Los Mártires, o en Segovia, o en Úbeda..., o durante sus interminables viajes. Ni tan siquiera, aunque las citas son explícitas, en qué medida conocía la obra de Dionisio Areopagita.

¹ Pseudo-Dionisio Areopagita, *De los nombres de Dios*, VII, 3, 872 A-872 B, en *Obras completas del Pseudo Dionisio Areopagita*, BAC, Madrid, 1990, pp. 339-40.

² Maestro Eckhart, *El fruto de la nada*, 214-216, en *El fruto de la nada*, Ediciones Siruela, Madrid, 1998, p. 92.

³ San Juan de la Cruz, *Cantico espiritual (A)*, *Canciones entre el alma y el esposo*, 20, en *Obras completas*, BAC, Madrid, 1989, p. 439.

Tampoco me propongo abordar toda su obra, pretensión en exceso osada, casi absurda, tratándose, en este caso, como se trata de un estudio breve y, necesariamente, conciso.

Mi intención es, meramente, aportar una reflexión centrada en el significado de la “noche oscura” descrita por San Juan, tanto activa como pasiva, vincularla con la “docta ignorancia”, y hacer ver que su pensamiento se mueve en una línea, una tradición, que representan de modo casi paradigmático Dionisio Areopagita y el Maestro Eckhart; una concepción del hombre, del mundo y de Dios que, en ciertos aspectos, San Juan radicaliza y lleva a su máxima expresión.

La cuestión que se plantea es una cuestión extremadamente radical, a la que, salvo que estemos dispuestos a malgastar nuestra vida, no podemos darle la espalda: ¿qué es sabiduría?, ¿Qué valor tiene eso que los griegos llamaron filosofía? La tradición socrático-platónica entendió la sabiduría como el conocimiento del Bien: la excelencia a la que puede y debe aspirar todo hombre; y concibió la filosofía como compromiso, búsqueda apasionada, irrenunciable, de ese Bien que da sentido a nuestras vidas. Renunciar a la filosofía era renunciar al Bien, a Dios y, en último término, a uno mismo. El propio Aristóteles, quien entendía que todo hombre por naturaleza desea saber, afirmaba que, si bien era lógico considerar que este conocimiento que hemos llamado sabiduría no era algo propio del hombre, pues se trata de un conocimiento divino, auténtica “Teología” (es el que posee la divinidad en grado sumo y es el que versa sobre lo divino), sería indigno del hombre no buscar lo que en sí le corresponde: la sabiduría⁴. “Este conocimiento –decía Dionisio– que rectamente llaman filosofía y que San Pablo denomina «Sabiduría de Dios»”⁵. ¿Y quién puede conocer lo divino sino quien se asemeja a ello?

Cabría preguntarse por qué no le es suficiente a San Juan con lo que estudió en Salamanca, por qué no dedicarse a la ciencia de la teología, por qué no es su aspiración la de llegar a ser un brillante doctor, catedrático de teología. ¿Es que no es ésta la más profunda y valiosa filosofía?

La respuesta, no fácil de comprender, de asimilar, es que no. Y es que, como dejó escrito Dionisio Areopagita, “si uno, viendo a Dios, comprende lo que ve, no es a Dios a quien ha visto, sino algo cognoscible de su entorno. Porque Él sobrepasa todo ser y conocer. Su ser está más allá de todo ser. La mente no alcanza a conocerle. Negándole, pues, existencia como la nuestra, negando que

⁴ Aristóteles, *Metaphysica*, I, 2, 982b 25-983a 10.

⁵ Pseudo-Dionisio Areopagita, *Carta VII*, 2, 1080 B, en *Obras completas*, pp. 388-389.

nuestro conocimiento lo conoce, este perfecto no saber, en el mejor sentido, es conocer a aquel que está más allá de cuanto se pueda conocer”⁶.

Los filósofos-teólogos deberían haber comprendido que el objeto de sus anhelos, búsquedas y desvelos no puede ser definido, circunscrito y así aclarado, dominado, por el qué hacer voluntarioso y extraordinario del hombre.

La claridad, la luz que proporciona la ciencia humana está circunscrita al ámbito del poder del hombre; de ahí que su máxima expresión sea la técnica. Más allá de su alcance solo vemos oscuridad, tiniebla. Pero este comprender y este someter no le permiten trascenderse, ir más allá de sí mismo, al encuentro y a la escucha de lo otro que él mismo y su mundo.

Saber, en lo más profundo de nuestro corazón, que nuestro saber no es el saber que buscamos; que nuestro saber no es Sabiduría, y que, en verdad, cuanto más nos aferramos a nuestro saber más ignoramos; este socrático saber que no sabemos es, y esta es la clave, docta ignorancia.

“La luz hace invisible la tiniebla”, afirmaba Dionisio en la carta dirigida al monje Gayo, “cuanto más luz haya, menos visible es la tiniebla. Los conocimientos hacen invisible la ciencia del no saber. Tanto menos visible cuanto más sean los conocimientos”⁷.

El que rechaza toda posible oscuridad aferrándose a la luz que puede generar; el que pone todas sus esperanzas en sí mismo y las fundamenta en la claridad que puede asegurar; el que necesita nombrar, clarificar y ceñir lo divino, para no sentirse vulnerable y desvalido, éste, el idólatra, el que no quiere saber que no sabe, cerrado sobre sí habita, aún encadenado, la asumida caverna.

“Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder,
Que los sabios arguyendo
Jamás le pueden vencer;
Que no llega su saber
A no entender entendiendo,
Toda ciencia trascendiendo.
Y es de tan alta excelencia
Aqueste sumo saber,
Que no hay facultad ni ciencia
Que le puedan emprender;
Quien se supiere vencer

⁶ Pseudo-Dionisio Areopagita, *Carta I*, 1065 A, en *Obras completas*, pp. 383-4.

⁷ Pseudo-Dionisio Areopagita, *Carta I*, 1065 A, en *Obras competas*, p. 383.

Con un no saber sabiendo
Irá siempre trascendiendo”⁸.

No es por tanto afirmando, construyendo, como podemos alcanzar a Dios y conocerlo; en todo caso es así como podemos construirlo, fabricarlo. Esta convicción es el fundamento de la teología apofática; de la alabanza de la negación, por encima de la afirmación, que encontramos en la obra de Dionisio o del Maestro Eckhart.

Así, afirmaba Eckhart: “si alguien conoce algo de Dios y le atribuye un nombre, esto no es Dios. Dios está sobre los nombres y la naturaleza”, y, con la radicalidad que le caracterizó, añadía: “a quien diga que Dios está aquí o allí, no le creáis. La Luz, que es Dios, brilla en las tinieblas. Dios es una luz verdadera; quien quiera verla debe ser ciego y debe mantener a Dios lejos de todas las cosas”⁹.

No interesa el posible vislumbre oscuro que la inteligencia natural sea capaz de proporcionar sobre Dios, partiendo del mundo entendido como manifestación divina. Se busca, se desea, a Dios, tal cual es en sí, sólo cognoscible en Él y por Él. Y así, toda verdad, todo bien, que no sea “Dios en sí”, ha de ser abandonado, superado. La teología apofática supone e implica una negación que va más allá del ámbito de lo meramente teórico, especulativo; se trata de una negación que afecta al ser del hombre en su integridad, que lo desnuda y lo dispone, sin máscaras, sin acomodos, sin hábitos, ni modos, a recibir, en un impredecible encuentro, a quien busca. “Quitamos todo aquello que impide conocer desnudamente al Incognoscible, conocido solo a través de las cosas que lo envuelven. Miremos, por tanto, aquella oscuridad supraesencial que no dejan ver las luces de las cosas”¹⁰.

Esta radical negación, entendida por San Juan como “Noche oscura”, asunto que abordaré más adelante, es, precisamente, uno de los asuntos tratados con mayor fuerza expresiva y profundidad por el Maestro Eckhart.

Para el pensador alemán, el hombre ha de vaciarse por completo si quiere encontrarse con Dios; “tan vacío de todo como vacía es la nada”¹¹. El alma debe estar sola y callada, “si alguien que no sea Jesús quiere hablar en el templo, es decir, en el alma, entonces Jesús calla, como si no estuviera en su casa, pues tiene invitados extraños con los que aquella habla”¹².

⁸ San Juan de la Cruz, *Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*, 6, 39-7, 52, en *Obras completas*, p. 36.

⁹ Maestro Eckhart, *El fruto de la nada*, 140-145, en *El fruto de la nada*, pp. 90-91.

¹⁰ Pseudo-Dionisio Areopagita, *Teología Mística*, c. 2, 1025 B, en *Obras completas*, p. 374.

¹¹ Maestro Eckhart, *El templo vacío*, 69-70, en *El fruto de la nada*, p. 37.

¹² Maestro Eckhart, *El templo vacío*, 139-142, en *El fruto de la nada*, p. 38.

De acuerdo con su idea, nadie alcanza sabiduría si no es a través de la humildad y la obediencia radicales. Es necesario un total desprendimiento, un vaciamiento o anonadamiento, que conduzca a un profundo abandono, a una extrema pobreza, pura virginidad, que haga posible el nacimiento de un nuevo hombre, libre, que actúa sin un porqué ajeno al querer mismo de Dios.

Es necesaria la perfecta pobreza de espíritu, la del que nada quiere, nada sabe y nada tiene. Como hará San Juan, Eckhart propone educar al alma en la pobreza y desnudez perfectas; “impedir al alma cualquier morada fenoménica de lo divino, a la que pueda apegarse por deleite, para lanzarla en total desnudez a la esencia desnuda de Dios”¹³.

Para San Juan, osado y rotundo en sus afirmaciones, al hombre le es necesario vaciar su voluntad, su entendimiento e incluso su memoria; labor imposible sin fe, esperanza y caridad. “Las cuales tres virtudes todas hacen, como hemos dicho, vacío en las potencias: la fe en el entendimiento vacío y oscuridad de entender; la esperanza hace en la memoria vacío de toda posesión; y la caridad vacío en la voluntad y desnudez de todo afecto y gozo de todo lo que no sea Dios”¹⁴. Al espíritu, dirá, le conviene estar sencillo, puro y desnudo. “Una sola afición que tenga o particularidad a que esté el espíritu asido actual o habitualmente basta para no sentir, ni gustar, ni comunicar la delicadez e íntimo sabor del espíritu de amor”¹⁵.

Este planteamiento del asunto, clave en la obra del místico español, es, sin duda, y considero fundamental señalarlo, un desarrollo de lo que, con no menor fuerza, casi violencia, exponía el Maestro alemán en su sermón *Beati pauperes spiritu*: “Si alguien me pregunta ahora que es un hombre pobre que nada quiere, contesto y digo: mientras el hombre tenga la voluntad de cumplir la preciosa voluntad de Dios, no posee la pobreza de la que hablamos, pues en él todavía hay una voluntad que quiere satisfacer a Dios, y eso no es la pobreza correcta. Pues si el hombre quiere ser verdaderamente pobre debe mantenerse tan vacío de su voluntad creada como cuando todavía no era”¹⁶. Tan es así, que, como dirá San Juan, en este estado “de tal manera pone Dios al alma... y en tan diferente

¹³ H. U. Von Balthasar, *Gloria, una estética teológica*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1995, p. 142.

¹⁴ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, II: *Noche activa del espíritu. Entendimiento*, c. 6, 2, en *Obras completas*, p. 139.

¹⁵ San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, II: *Noche pasiva del espíritu*, c. 9, 1, en *Obras completas*, p. 373.

¹⁶ Maestro Eckhart, *Bienaventurados los pobres de espíritu*, 57-62, en *El fruto de la nada*, p. 76.

camino la lleva, que, si ella quiere obrar con sus potencias, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo que ayuda”¹⁷.

La unión con el amado, la sabiduría, no consiste en querer hacer lo que Dios quiera. Eso está bien, pero supone aún una distancia entre el amado y el amante, y una posesión de la que no nos hemos desprendido, nuestro querido querer. Aún hay distanciamiento entre creador y criatura; y esto nos mantiene alejados de nuestro fin.

“Por otro lado, es pobre el hombre que no sabe nada... El hombre que quiere tener esa pobreza debe vivir de tal manera que ignore que no vive ni para sí mismo, ni para la verdad, ni para Dios; es más: debe estar tan vacío de todo saber que no sepa, ni conozca, ni encuentre que Dios vive en él; es más: debe estar vacío de todo conocimiento que habite en él”¹⁸.

Saber que no se vive ni para uno mismo, ni para la verdad, ni para Dios implica, de nuevo, multiplicidad, distancia, entre el saber y el vivir, entre el juicio que uno hace acerca de lo que hace y el hacer mismo. Saber que Dios vive en uno es establecer distinción entre uno mismo, el sujeto que conoce, y Dios mismo, el objeto conocido. Y, finalmente, tener conocimientos propios, de los que estamos seguros, por los que estamos seguros, es mantener la separación entre el sujeto que conoce, el conocimiento que se tiene y lo conocido.

Pero no es suficiente con esto para haber alcanzado la perfecta pobreza. “La tercera pobreza, es la más extrema; es aquella en la que el hombre no tiene nada [...] si el hombre se mantiene libre de todas las criaturas y de Dios y de sí mismo, pero se haya tan en sí mismo que todavía encuentra Dios en él un lugar para actuar, entonces decimos que ese hombre no es pobre según la pobreza más extrema. Pues Dios no busca para sus obras que el hombre tenga un lugar en sí mismo, en donde Dios pueda actuar. [...] En la medida en que el hombre conserva un lugar en sí mismo, conserva diferencia”¹⁹.

No tener nada es ser nada, desierto desierto, negación de la negación. Mientras haya en el hombre un lugar vacío, desierto, para Dios, habrá diferencia entre el hombre, ese lugar que estamos dispuestos a dejar que Dios habite y Dios. El hombre ha de ser ese lugar, y ese lugar ha de ser plenamente habitado, vivido, por Dios. “De donde se ve claro que, no solo de todo lo que es de parte de las criaturas ha de ir el alma desembarazada, mas también de todo lo que es

¹⁷ San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, II: *Noche pasiva del sentido*, c. 9, 7, en *Obras completas*, p. 339.

¹⁸ Maestro Eckhart, *Bienaventurados los pobres de espíritu*, 91-100, en *El fruto de la nada*, p. 77.

¹⁹ Maestro Eckhart, *Bienaventurados los pobres de espíritu*, 145-181, en *El fruto de la nada*, pp. 79-80.

parte de su espíritu ha de caminar desapropiada y anihilada”, dirá San Juan de la Cruz²⁰. Y añadirá: “Y así querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos (aunque esto en su manera sea necesario a los principiantes), sino en una cosa sola necesaria, que es saberse negar de veras, según lo exterior y lo interior, dándose al padecer por Cristo y anihilarse en todo, porque ejercitándose en esto, todo es otro y más que ello se obra y se halla en ello”²¹.

“Rogamos a Dios que nos vacíe de Dios” decía, con extremo arrojo Eckhart²². Es decir, que nos libere de nuestras imágenes, de nuestros constructos, encadenados a nuestros miedos, nuestro orgullo y nuestra debilidad. “El entendimiento se ha de cegar a todas las sendas que él puede alcanzar para unirse con Dios”²³. Ha de quedar limpio y vacío, desnudo y desocupado, son los términos que utiliza San Juan, de todo lo que pueda aparecer ante él con la claridad propia de la ciencia; y en último término, sosegado y acallado; entregado en un acto de fe, único medio de que el alma alcance la plenitud.

Podemos leer en la *Subida al monte Carmelo*:

“Para venir a gustarlo todo,
No quieras tener gusto en nada.
Para venir a poseerlo todo,
No quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
No quieras ser algo en nada.
Para venir a saberlo todo,
No quieras saber algo en nada.
[...]
Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.
Porque para venir del todo al todo
Has de negarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer.

²⁰ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, L. II, *Noche activa del espíritu*, C. 7, 4, en *Obras completas*, p. 142.

²¹ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, L. II, *Noche activa del espíritu*, C. 7, 8, en *Obras completas*, p. 144.

²² Maestro Eckhart, *Bienaventurados los pobres de espíritu*, 84, en *El fruto de la nada*, p. 77.

²³ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, L. II, *Noche oscura del espíritu*, C. 8, 6, en *Obras completas*, p. 148.

Porque, si quieres tener algo en todo,
No tienes puro en Dios tu tesoro”²⁴.

Extraordinarias palabras, elocuentes como pocas, que de nuevo, es importante mostrarlo, son fieles a una tradición y recogen con gran belleza y precisión el pensamiento del gran Maestro y místico alemán que nos acompaña en estas reflexiones, quien en su sermón titulado *El enviado*, decía: “Ser eso o lo otro no significa ser todo, pues, mientras soy o tengo eso o lo otro, no soy todo, ni tengo todo. Apártate de ser esto o lo otro o de tener esto o lo otro, entonces serás todo y tendrás todo”²⁵.

Noche oscura es como San Juan llamará a este tránsito necesario para que el alma alcance la unión con Dios. Y entiende que se la puede llamar noche por tres cosas: “la primera, por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito del gusto de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre. La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento como noche. La tercera, por parte del término adonde va, que es Dios, el cual ni más ni menos es noche oscura para el alma en esta vida. Las cuales tres noches han de pasar por el alma, o por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios”²⁶.

La noche es purificación y mucho más, pues es el ámbito en el que se da el encuentro con el amado, el esposo, y la condición esencial de su acogida; de la transmutación de nuestra humanidad, cuya vida pasa a ser una con la vida absoluta de Dios. “Y así –dice San Juan– es como si dijera: “Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor sacásteme no sólo de todas las cosas, enajenándome de ellas, mas también me hiciste salir de mí (porque, a la verdad, y aun de las carnes parece que saca Dios) y levantásteme a ti, clamando por ti, desasida ya de todo para asirme a ti”²⁷.

Es el toque de Dios, que hiere de amor, el que nos enloquece y nos lanza, sin resuello, ni descanso posible, más allá de nosotros mismos. El amado y deseado

²⁴ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, 1: *Noche activa del espíritu*, c. 13, 11, en *Obras completas*, p. 124.

²⁵ Maestro Eckhart, *El enviado*, 22-25, en *El fruto de la nada*, p. 99.

²⁶ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, 1: *Noche activa del sentido*, c. 2, 1, en *Obras completas*, p. 94.

²⁷ San Juan de la Cruz, *Cantico espiritual (A)*, canciones 1, 20, en *Obras completas*, p. 446.

es, en palabras de Dionisio, admirable y sobrecogedora noticia, “el enamorado y amante, porque con su poder mueve y levanta todo hacia sí”²⁸.

El amor es lo que mueve a Dios y es el amor lo que hace de toda criatura racional una criatura llamada a realizarse, plenificarse, en el encuentro íntimo, entrañable y saciante con lo que anhela: Dios mismo; siempre trascendente, nunca asimilable, conquistable, y, entre otros muchos nombres, llamado Verdad, Bien, Hermosura, Sabiduría...

Sólo el enamorado puede encontrar al amado amante, y sólo él porque sólo él, movido por el amor que siente, que le hiere, busca en verdad más allá de lo suyo, dispuesto a entregarse por lo que no es él y no quiere, en modo alguno, que lo sea.

Tan es así que “enamorarse de Dios lleva al éxtasis, pues quienes así aman están en el amado más que en sí mismos. [...] Por eso el gran Pablo, arrebatado por su encendido amor a Dios y preso de poder extático, dijo estas palabras inspiradas: «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». Pablo estaba realmente enamorado. Pues, como él mismo dice, salía de sí mismo por estar con Dios. No contaba más con su propia vida, sino con la de aquel de quien estaba enamorado”²⁹.

“Salía de sí mismo por estar con Dios”, decía Dionisio, conciso en la expresión, y dirá San Juan, regalándonos belleza y delicadeza:

“En una noche oscura,
Con ansias, en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
[...]
¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!”³⁰.

Son textos magníficos, insuperables, en los que, de modo admirable, se condensa cuanto llevamos dicho, y, de nuevo, hacen que sea de gran interés

²⁸ Pseudo-Dionisio Areopagita, *De los nombres de Dios*, 712C, c. 4, 14, en *Obras completas*, p. 308.

²⁹ Pseudo-Dionisio Areopagita, *De los nombres de Dios*, 712A, c. 4, 13, en *Obras completas*, p. 307.

³⁰ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, canciones 1-5, en *Obras completas*, pp. 87-88.

dirigir nuestra mirada al Maestro Eckhart, y en concreto al sermón titulado: *El fruto de la nada*, y a un poema, *El grano de mostaza*, escrito, probablemente a comienzos del siglo XIV y que tuvo una importante tradición manuscrita.

En el sermón indicado, comentando el Cantar de los cantares, afirmaba: “El alma pronuncia una pequeña frase en el *libro del amor*: «he buscado en mi lecho, durante toda la noche, a aquel a quien ama mi alma y no lo he encontrado». Lo buscaba en su lecho, es decir: para quien permanece allí acogido o pendiente de alguna cosa que está por debajo de Dios, su lecho es demasiado estrecho. «Entonces me levanté y busqué por todas partes y anduve a través de los espacios vastos y angostos. Allí me encontraron los guardianes – eran los ángeles– y les pregunté si habían visto a quien ama mi alma», y callaron; quizás no lo podían nombrar. «Cuando avancé un poco más encontré a quien buscaba». [...] ¿Por qué dice ella «a quien ama mi alma»? [...] Una razón es que Dios es innombrable. [...] La segunda razón es ésta: cuando el alma fluye totalmente de amor en Dios, entonces no sabe de nada más que no sea amor. [...] La tercera razón es que no tenía suficiente tiempo para nombrarlo. No puede apartarse tanto tiempo del amor, no puede pronunciar otro nombre que no sea amor, La cuarta razón: quizás imaginaba que no tenía otro nombre que amor; con amor pronunciaba todos los nombres a un mismo tiempo”³¹.

Por otro lado, ahondando en la idea de la noche oscura, del desprendimiento y la salida, podemos leer lo siguiente en el poema citado:

“Hazte como un niño,
 ¡Hazte sordo y ciego!
 Tu propio yo
 Ha de ser nonada,
 ¡Atraviesa todo ser y toda nada!
 Abandona el lugar, abandona
 El tiempo,
 ¡Y también la imagen!
 Si vas sin camino
 Por la senda estrecha,
 Alcanzarás la huella del desierto.
 ¡Oh alma mía,
 Sal fuera, Dios entra!
 Hunde todo mi ser
 En la nada de Dios.
 ¡Húndete en el caudal sin fondo!
 Si salgo hacia ti,
 Tu vienes a mí,

³¹ Maestro Eckhart, *El fruto de la nada*, 80-129, en *El fruto de la nada*, pp. 89-90.

Si yo me pierdo,
A ti te encuentro.
¡Oh bien más allá del ser!”³².

Dice el texto: *Si yo me pierdo, a ti te encuentro*. Parece que ya hemos tratado esta cuestión, que ya hemos señalado la necesidad de anonadamiento, de vaciamiento, pero ahora se dice mucho más; no es que amar de veras sea condición necesaria, es que, y esto es lo sobrecogedor, es suficiente. Y lo es porque Dios no es sólo amado, sino también amante; porque si podemos enamorarnos de Dios es porque él lo ha estado, siempre, de nosotros. Y así, con la rotundidad que le caracteriza dice Eckhart: “Sal totalmente de ti, por voluntad de Dios, y Dios saldrá totalmente de sí por voluntad tuya. Cuando ambos salen de sí mismos, lo que queda es uno simple”³³. Y con la dulzura y la belleza que le distinguen leemos en San Juan: “Esta caridad, pues, y amor de la alma hace venir al Esposo corriendo a beber de esta fuente de amor de su esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado a tomar refrigerio”³⁴. “En haberse el alma quedado a solas de todas las cosas por amor de él, grandemente se enamora él de ella en esa soledad”³⁵. “Porque la voluntad de la alma, convertida en voluntad de Dios, toda es ya voluntad de Dios, y no está perdida la voluntad del alma, sino hecha voluntad de Dios; y así ama el alma a Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya”³⁶.

El que entrega recibe, el que pierde gana, el que se pierde se encuentra, y el que se vacía se llena. Hay que ser ciego para amar, pero el que ama es el único que ve. Esta es la lógica, absurda, del amor. Y sin amor no hay sabiduría, porque la sabiduría no es una posesión, no es un poderío que nos encierra en el agobiante espacio de nuestra soledad; es encuentro amoroso, perfecta y saciante unión; recepción agraciada, feliz y plena, de “el otro” que nosotros, que nos recrea, rehace y constituye.

Ésta es la lógica del amor; en la que la alteridad, la identidad inalienable del amante, se sustenta en la unidad con el amado. Y así, si nos unimos al amor de los amores por amor, nos hacemos uno con el amor y entregados recibimos de modo infinito. “Que Dios nos ayude a llegar a ser uno”³⁷ decía Eckhart en su sermón: *Cómo tenéis que vivir*. “El amado vive en el amante y el amante en el Amado; y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los

³² Maestro Eckhart, *El grano de mostaza VII-VIII*, en *El fruto de la nada*, pp. 141-2.

³³ Maestro Eckhart, *Vivir sin porqué*, 114-116, en *El fruto de la nada*, p. 50.

³⁴ San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual (A)*, canciones 12, 11, en *Obras completas*, p. 476.

³⁵ San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual (A)*, canciones 35, 7, en *Obras completas*, p. 547.

³⁶ San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual (A)*, canciones 37, 3, en *Obras completas*, p. 555.

³⁷ Maestro Eckhart, *Cómo tenéis que vivir*, 167, en *El fruto de la nada*, p. 65.

amados, que se puede decir que cada uno es el otro y que entrambos son Unos” dirá San Juan; “La razón es porque en la unión y transformación de amor el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja y da y trueca por el otro; y, así, cada uno vive en el otro, y el uno es el otro, y entrambos son uno por transformación de Amor”³⁸.

“Que Dios nos ayude para que Jesús también pueda acudir a nosotros y rechazar y alejar todo obstáculo y hacernos uno”³⁹, escribió el Maestro; y añadió: “«Yo», dice Nuestro Señor al profeta Oseas, «quiero llevar al alma noble a un desierto y allí hablaré en su corazón». Uno con uno, uno de uno, uno en uno y en uno eternamente”⁴⁰.

“Quedeme y olvídeme,
El rostro recliné sobre el Amado;
Cesó todo y déjeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado”⁴¹.

Ignacio Verdú Berganza
Universidad Pontificia de Comillas
vonverdu@yahoo.es

³⁸ San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual (A)*, Canc. 11, 7, en *Obras completas*, p. 471.

³⁹ Maestro Eckhart, *El templo vacío 201-2*, en *Obras completas*, p. 40.

⁴⁰ Maestro Eckhart, *Del hombre noble 331-5*, en *Obras completas*, p. 124.

⁴¹ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo, Canciones 8*, en *Obras completas*, p. 88.